

La noche de los muertos

Ricardo Mariño

A las seis de la tarde Jorge Zaca comenzó a preocuparse por lo que marcaba el indicador de combustible de su auto. Hacía más de una hora que no veía casas ni se cruzaba con ningún vehículo: sólo la ruta interminable y la noche que comenzaba a caer. Más que nada lo atemorizaba la posibilidad de que él y Azul, su hija de nueve años que dormía en el asiento trasero, tuvieran que pasar la noche en medio de esa desolación.

En estos casos, cuando ya no había remedio, se enfurecía contra sí mismo por su informalidad y desorganización. No respetaba horarios, de hecho había salido a la ruta cuatro horas después de lo pensado, y jamás podía prever cosas tan elementales como la cantidad de combustible que necesitaría para el viaje.

Desde hacía un par de semanas estaba preocupado por la imagen que le presentaba a su hija, pero no lograba corregirse. Lo único que había hecho, después de proponerse cambios de conducta y de aspecto, era recoger su larguísima cabellera roja con una gomita de farmacia. En lo demás seguía siendo una especie de Papá Noel mal vestido: un gordo enorme con sandalias artesanales, un pantalón a rayas y una camisa con flores lilas y rojas que se podía ver a kilómetros de distancia.

Lo primero que haría al regresar a Bahía Blanca, donde vivía, sería comprarse un traje gris y una camisa blanca. Se estaba diciendo eso cuando vio una camino de tierra que se habría a la derecha. Sin pensarlo demasiado y sin aminorar la marcha, describió una curva muy abierta y siguió por ese camino levantando una nube de polvo. Acaso ese camino llevara a algún pueblito donde cargar bencina.

Cinco minutos más tarde el motor dejó de funcionar. Resignado, se limitó a manejar el volante con un solo dedo hasta que el auto se detuvo definitivamente. Permaneció un par de minutos sentado, mirando hacia el frente,



sin que se le ocurriera ninguna alternativa. ¿Cómo saldría de ese maldito lugar con su hija? Además de comprarse el traje gris, en Bahía amasaría tallarines para sus compañeros del grupo de salsa Feos, sucios y malos. El único problema era que él, al proyectar una nueva vida más seria, se había propuesto dejar la música y dedicarle más tiempo al autoservicio Jorgito. En esos pensamientos estaba cuando lo interrumpió la voz de su hija:

—¿Nos vamos a quedar acá, papi?

—¿Eh? No, no hijita.

—¿Qué vamos a hacer?

—Voy a conseguir gasolina —dijo Jorge, y salió del auto con determinación, como si a metros de allí hubiera una estación de servicio. Saltó una zanja y trepó a un poste telefónico para tener una mejor visión de lo que había en los alrededores. Por suerte a unos trecientos metros había algo, tal vez fuera una casa abandonada, pero valía la pena ir a ver.

Caminaron en dirección a esa casa. Comparada con su padre, Azul parecía una miniatura. Iba unos metros atrás, jugando a imitar los pasos medio paquidérmicos de Jorge.

Desde la entrada a la propiedad no podía verse mucho porque el camino de acceso, bordeado por altísimos eucaliptos, describía una curva. Pasada esa curva Jorge vio una imponente casa como cien metros adentro. Recorrió esa distancia y después dudó entre anunciarse con un grito y batir palmas, pero antes de que lo decidiera apareció silenciosamente un hombre entre los arbustos.

Era un hombre delgado y alto, de pelo blanco, que vestía un elegante (y anticuado, pensó Jorge) traje negro.

—¿Qué busca? —preguntó el hombre mirándolo fijamente.

—Tuve un inconveniente con el coche. Me quedé sin combustible.

—No puedo ayudarlo —dijo el hombre.

—Sólo quería pedirle prestado el teléfono, si es que tiene, para llamar a un auxilio o pedirle a alguien que me alcance un poco de nafta —intentó decir Jorge, tratando de parecer simpático aunque habitualmente lo era.

—Ya le dije. No puedo ayudarlo.

Pero en ese momento apareció Azul y el hombre se sorprendió tanto que Jorge estuvo a punto de preguntarle qué le ocurría.

—Es mi hija —le explicó.

Azul se paró al lado de su padre y miró al hombre con intriga.

—Pasen, pasen —dijo el hombre, cambiando su expresión de hostilidad por una amable sonrisa.

Antes de que entraran en la casa salió a recibirlos una mujer.

—Mi esposa —aclaró el hombre.

La mujer tuvo una expresión de curiosidad al mirar a Jorge, pero al dirigir la vista hacia Azul se quedó con la boca abierta y necesitó unos segundos para reaccionar.

—Buenas noches —dijo por fin, inclinando un poco la cabeza en un gesto refinado.



El interior de la casa era espacioso y elegante. Los muebles de madera maciza, las altas vitrinas con copas de cristal tallado, los enormes cuadros de marcos dorados, todo lo que había denotaba cierto cuidado en la elección.

Jorge se sintió algo incómodo por el contraste entre su figura y la elegancia de los dueños de casa, y la niña recién mostró alguna simpatía cuando la mujer le dijo que en la cocina tenía frascos de dulces caseros y que le permitiría probarlos. Como el hombre, también la mujer hablaba con cierta sonoridad inglesa y se mostró muy amable y cariñosa con Azul, guiándola hasta la cocina.

EL dueño de casa dijo que ellos no podían ofrecer más ayuda que un bidón para que Jorge fuera a buscar combustible hasta la

estación de servicio que estaba a una hora de camino.

—Por supuesto, nosotros podemos cuidar a la niña y darle de cenar mientras usted va hasta allá —aclaró el hombre. Jorge le agradeció esa ayuda porque no tenía ningún interés en caminar de noche con Azul por aquellos parajes.

Además, sentía cierta urgencia por volver a la ruta. Su ex esposa lo esperaba a trescientos kilómetros de allí y se alarmaría mucho si él no llegaba con la niña, no ya en el horario anunciado, sino en el mismo día, aunque más no fuera. De modo que optó por dejar un rato a Azul e ir a pie hasta la estación de servicio.

Como descontaba que Azul, que permanecía en la cocina, no aceptaría quedarse sola con esa gente, decidió no avisarle. Era una opción cruel pero era imposible hacer todo ese camino acompañado de la nena. Salió a la calle y comenzó a caminar con tranco apurado.}Eran las ocho de la noche y, si se apuraba, podía regresar a las diez, cargar el bidón de bencina en el auto, ir a la estación a completar el tanque y retomar luego la ruta.

Por alguna razón después de caminar un buen trecho Jorge comenzó a intranquilizarse. Pese a la oscuridad, pudo ver que en los campos sólo había malezas. ¿Cómo podía vivir allí esa gente, con esa ropa elegante y pasada de moda? ¿Y ni siquiera tenían un caballo para prestarle? ¿Cómo, con ese nivel económico, no tenían un coche o una bicicleta? Claro que esas preguntas se le ocurrieron cuando ya llevaba caminando un buen rato y casi daba lo mismo regresar a la casa o seguir hasta la estación de servicio.

A un centenar de metros de la estación, una hora después, se sentía totalmente alterado. ¿Cómo había dejado a su hijita con extraños? Cuando le contara eso a Mariana

con toda razón ella se enojaría y lo llamaría, como siempre, «desastre» Él coincidía. Sólo a un padre que es un desastre le pueden ocurrir estos percances.

La estación de servicio era, además, una especie de almacén de ramos generales y bar. Había varios hombres acodados en el mostrador, que era atendido por un hombre diminuto, de ademanes enérgicos.

Al entrar Jorge, todos se volvieron hacia él con cierta expresión de curiosidad y de burla. Jorge explicó su problema al chiquitín y éste le indicó que lo siguiera hasta el surtidor.

Pero la amabilidad del hombre se terminó de pronto cuando a Jorge se le ocurrió comentarle dónde había dejado a su hija. Primero sonrió, como esperando una aclaración, y después pidió que repitiera lo dicho.

Que mi hija quedó en la casa amarilla que está en el camino hacia la ruta —repitió Jorge.

—¿Qué casa?

—Esa casa amarilla, de dos plantas y tejas rojas, muy linda, que está cerca de la ruta.

—Ajá, ¿Y con quienes dice que la dejo?

— Con la familia que vive allí.

— ¿Y que familia vive ahí?

— Bueno, un hombre canoso, de unos cuarenta años, y su esposa. Ingleses creo. Bah, hablan como si fueran ingleses. ¿Los conoce?

— Galeses, no ingleses. Los Evans...

— Sí. Ese fue el apellido que me dijeron...

El hombrecito dejó el bidón en el piso y regresó rápidamente al local. Jorge se sorprendió por esa actitud y luego vio que en el interior hablaba en una rueda de hombres y cada tanto lo señalaba. Los otros no dejaban de mirarlo, pero ahora con desconfianza.

Jorge se secó el sudor de la frente y entró a averiguar de qué hablaban. Pero todos callaron no bien él traspuso la puerta.

—¿Qué pasa? —les preguntó, intrigado.

—Debe de estar borracho —dijo alguien a su izquierda.

—O loco —agregó otro—. Con esa traza...

—No, no estoy borracho ni loco. Sólo vine a buscar gasolina porque mi auto...

—En esa casa donde usted dice que

dejó a su hija... —lo interrumpió el chiquito, pero no terminó la frase.

—¿Qué pasa en esa casa? —preguntó Jorge.

—No vive nadie —ahora sí completó el otro, antes de servirse una bebida y empinarla de una sola vez.

—Hay una familia... —explicó Jorge.

—No hay ninguna familia. Esa familia murió hace cuarenta años.

—¿Cómo? —ahora el que sonreía con una expresión estúpida era Jorge.

—Evans era un tipo muy rico que tenía una hija a la que adoraba. Se llamaba Amalia y sólo tenía nueve años. Un día, sin querer, la pasó por arriba con su tractor y la mató. El tipo se desesperó tanto que al otro día después del entierro, incendió la casa. Murieron él y su esposa. De la casa no queda nada. Paredes carbonizadas, algún tirante, un par de árboles secos, el tractor quemado y, al fondo, la tumba de la nena, que debe de estar cubierta por los yuyales. Si lo que está haciendo es una broma, le pido que se vaya ya mismo.



Jorge se quedó paralizado un instante y luego salió temblando del local. Tomó el bidón con nafta, que había quedado junto al surtidor, y corrió hacia el camino. Pero enseguida volvió sobre sus pasos y pidió, desesperado, que alguien lo acercara hasta ese lugar (se cuidó de llamarlo «casa») en donde había dejado a su hija.

Algunos clientes lo miraron con una mezcla de rechazo y de lástima, como si estuvieran ante un demente, y otros rieron con demasiada sonoridad aunque no convencidos totalmente de que fuera gracioso ver a ese hombre desesperado.

Jorge salió dando grandes zancadas, miró el interior de cada uno de los vehículos y se metió en la primera camioneta que tenía la llave puesta.

Después de observar como Jorge se alejaba por el camino, el señor Evans se apartó de la ventana y fue hasta la cocina.

—Es... igual... —le dijo la señora Evans sin apartar los ojos de Azul, quien con suma concentración metía su dedo en distintos frascos de dulce y lo chupaba cerrando los ojos, como si de esa forma se deleitara más.

—Idéntica.

—Hasta tiene gestos parecidos.

—Sí, es sorprendente. Tenemos que apurarnos.

—¿Y mi papá? —quiso saber Azul.

—Está en el baño —le respondió el señor Evans antes de retirarse de la cocina.

—¿Se llevó el diario?

La pregunta desconcertó al señor Evans.
Pero su esposa contestó por él:

—Sí, se llevó el diario.

—Uf, entonces tardará una hora.
Hasta que no lo lea completo no va a salir del baño. Así es mi papá.

La mujer sonrió.

—Salgamos al patio, Amalia.

—Me llamo Azul —la corrigió la niña, medio enojada.

—Ah, sí, perdón —se disculpó la mujer tomándola de la mano.

Afuera había un galpón de madera que, interpuesto entre el sol, que ya se escondía, y la casa, daba lugar a largas sombras espectrales que llegaban hasta los pies de la mujer y la nena.

—Mi papá es un desastre —comentó Azul.

—¿Por qué dices eso, querida?

—No sé. Es lo que siempre dice mi mamá. Voy al baño a llamarlo.

—No, no, es mejor dejarlo tranquilo —la detuvo la mujer con cierta violencia—. No hay que molestar a la gente mientras hace sus necesidades.

—No está haciendo sus necesidades. Debe estar haciendo caca —la corrigió Azul. La mujer sonrió.

—Claro. Pero dejémoslo tranquilo.

En ese momento se abrieron las dos puertas del galpón, empujadas por el señor Evans.

—¿Qué hace? —preguntó Azul, señalándolo.

—Prepara el tractor.

—¿Para qué?

—Tiene que hacer un trabajo.

—¿De noche? Quiero verlo.

—¡No!

Pero Azul corrió al galpón antes de que la mujer pudiera detenerla.

El señor Evans salía con el tractor y marchaba lentamente pero con la vista fija en la porción de campo que se veía desde allí. De pronto tuvo a la niña delante de las ruedas y un terrible y angustioso grito salió de su garganta:

—¡No, Amalita!

Azul se apartó con un paso al costado y se cubrió los ojos. Había visto o le había parecido ver algo asombroso y terrible: al gritar, la cara del señor Evans se había

transformado. Ahora Azul volvió a mirarlo y era la misma cara de antes, incluso la miraba con una expresión de dulzura, pero durante ese segundo ella había visto otra cosa. Algo... imposible.

En ese momento llegó corriendo la señora Evans y preguntó, fuera de sí:

—¿Qué pasó con Amalia?

— El gordo se lleva la camioneta! – gritó el hijo del dueño de la estación, quien cargaba con el sobrenombre de Chico Chico porque su padre se apellidaba Chico. Sin embargo, era un grandulón de dos metros, mientras que su padre, Chico Grande, apenas pasaba el metro cincuenta.

Chico Chico era un verdadero problema para la familia. Había sido expulsado de la escuela, varias veces había robado dinero a su padre y, por un asalto a un camión, había ido a parar a un instituto de menores. Allí había conocido a su compañero inseparable, Filoso, con quien se había fugado media docena de veces. En cada nuevo regreso a la libertad se los veía más violentos.

—¡Vamos! —le gritó a Filoso, metiéndose en el viejo Falcon de su padre. El auto salió derrapando a toda velocidad mientras los dos gritaban eufóricos. Desde la puerta del bar, Chico Grande se cubrió la cara con sus manitos, adivinando la inminencia de otro desastre que protagonizaría su hijo.

La vieja camioneta Dodge que manejaba Jorge Zaca avanzaba lentamente, acompañando cada pozo con quejas de su destartalada carrocería. Pese a la lentitud lo tranquilizaba un poco saber que al fin iba al encuentro de su hija. Cuando vio por el espejo que el Falcon se acercaba a toda velocidad, supo que eran los de las estación de servicio, pero pensó que esta vez no tendría inconvenientes para hacerse entender. Igual, si llevaban la camioneta, al menos ya había hecho la mitad del camino.

Aminoró la marcha para que no pensaran que pretendía escapar, pero el Falcon se colocó delante y frenó de golpe. Se bajaron los dos muchachos, uno de ellos con una gran llave francesa en la mano, pero aun así Jorge no se alarmó. Pensaba que lograría tranquilizarlos y hasta podía hacerse el simpático mostrándoles una



foto de una revista donde él aparecía sonriente entre dos chicas en bikini bajo el título «Ni tan feos, ni tan sucios, ni tan malos». Estaba seguro de que terminarían ayudándolo.

Jorge se bajó de la camioneta con el bidón en la mano.

Lo dejó a un costado del camino y enfrentó a los muchachos con una amplia sonrisa.

Chico Chico sabía ¿pegar rápido y Jorge casi no llegó a ver el puño que estaba por estallar contra su cara.

—¡Momento, momento! —se quejó Jorge cuando ya estaba en el piso, seguro de que todo lo que necesitaba era un minuto para dar explicaciones. Pero no. Una patada que le dio Filoso en la espalda le sirvió para saber que no tendría esa oportunidad.

La reacción de Azul fue salir corriendo hacia la casa, en busca del baño donde se suponía que estaba su papá. Recorrió el sombrío pasillo sin dejar de llamar a gritos a su padre, y cuando por fin encontró el baño vio que allí no había nadie. Asustada, comenzó a abrir todas las puertas que hallaba a su paso.

—¡Papá... papá!

—Acá estamos, querida —dijo la señora Evans mientras entraba en la casa. Azul corrió a esconderse en la primera habitación que encontró.

Transcurrieron varios minutos así y la niña seguía sin responder a los llamados de los adultos. Para Azul «adulto» era cualquier persona mayor de catorce o quince años a

quien no conociera suficientemente. En cierto momento advirtió, por el ruido de pasos, que alguno de ellos se acercaba. Se metió dentro del placard y aguantó la respiración. Cuando el señor Evans abrió la puerta, ella se cubrió con un abrigo y se colgó de un barral para que no se le vieran los pies.

—Debe estar debajo de la cama del cuarto del fondo —dijo el señor Evans—. Nos tenemos que apurar. Tiene que ser antes de las doce de la noche.

—Todavía faltan dos horas —agregó la mujer.

—Pero el padre puede regresar antes.

—Tendrías que haberle hecho... algo.

—Busquemos a la niña y después termino de sacar el tractor.

Cuando el matrimonio se retiró del cuarto, Azul salió del placard en puntas de pie. La puerta de la habitación había quedado entreabierta y por allí se metía una franja de luz que iluminaba el retrato de una niña. Azul se sobresaltó al verlo: era ella. ¿Cómo esa gente podía tener una foto suya? No podía dejar de mirar esa fotografía, pero por alguna

razón temía acercarse. Tal vez solo se tratara de una chica idéntica a ella. De hecho vestía otro tipo de ropa y tenía unas trenzas que ella jamás se haría. ¿Esa nena sería Amalia?

Se asomó al pasillo con la mayor cautela. Contaba con que los adultos se encontraran el cuarto del fondo. Caminó sin hacer ruido por el pasillo y demoró minutos en abrir la puerta que daba al patio por temor a que las bisagras chirriaran. Por fin salió al exterior de espaldas, retrocediendo, atenta por el pasillo. Estaba por librarse de esa gente que la asustaba tanto. Aunque fuera de noche podría correr por el camino y esconderse en el auto hasta que amaneciera. Seguro que su papá la encontraría. Pero de pronto sintió que una mano la sujetaba del hombro...

—Te estábamos esperando, querida —le dijo la señora Evans.

Todavía agitado, Chico Chico se quedó mirando el cuerpo de Jorge Zaca sin saber que hacer a continuación. Había estado dándole patadas mientras el otro se movía, pero cuando dejó de ofrecer resistencia sintió cierta aprensión a continuar. Al fin resolvió registrarle los bolsillos y obtuvo una billetera con algo más de doscientos pesos y unos papeles que tiró a la zanja. Repartió el dinero con su amigo y, repentinamente eufórico, gritó:

—¡Busquemos el auto del gordo!

Filosos subió a la camioneta y Chico Chico manejó el Falcon. A poco andar, Chico Chico avistó un auto que tenía que ser el del gordo. Pero antes otra cosa hizo que se detuviera...

Frenó precipitadamente, puso marcha atrás y esperó a que el auto que manejaba Filoso se detuviera junto al suyo.

—Mira... —le dijo.

—¿Qué? —preguntó Filoso.

—Es la casa que decía el gordo.

—¿Qué?

—Que tenía razón. Ahí hay una casa.

—¿Y?

—¡Que esa casa no estaba antes, imbécil!

Filoso rió a carcajadas y Chico Chico se bajó furioso.

—Esa casa no estaba. Tú no conoces la zona, pero yo vivo acá desde que nací, tarado —le dijo, metiendo su cabeza dentro de la camioneta—. Ayer mismo esa casa no estaba —insistió.

—Bajemos —dijo Filoso, restándole importancia al asunto—. A lo mejor hay algo para llevarnos.

Por décima vez la señora Evans le dijo a Azul que debía cambiarse la ropa y una vez más la niña le contestó que no quería hacer eso.

—Tienes que estar linda para cuando regrese tu papá —le dijo la señora Evans.

—¿Dónde está mi papá? No está en el baño...

—Fue a buscar gasolina para el coche. Enseguida regresa. Por eso quiero que te cambies y te pongas esta ropa que te regalé.

—No la quiero, es fea.

—¡Te dije que te la pusieras! —gritó la señora Evans, fuera de sí.

—¡Esa ropa es de Amalia! —dijo Azul.

La señora Evans la tomó del brazo y la arrojó sobre la cama.

—¡Vas a ponerte esa ropa sí o sí!

Azul saltó de la cama, tomó un candelabro que había sobre la cómoda e intentó arrojárselo. Pero lo único que logró fue hacer trizas el retrato de Amalia que estaba junto al candelabro.

—Ahhh —el aullido que salió de las entrañas de la señora Evans habría bastado para aterrorizar a Azul pero, además, la mujer se transformó: su cara se descompuso, como si se derritiera. La piel le quedó pegada a los huesos y unos pocos mechones de pelo gris quedaron adheridos a su cráneo. Sus ojos desorbitados miraron a Azul con indecible odio. La niña sintió que sus piernas temblaban y luego se desvaneció.

Segundos después la señora Evans se recompuso. Acostó a la niña en la cama, le sacó la ropa cuidadosamente y le puso un vestido con encajes, soquetes blancos y zapatitos del mismo color. Hizo cada movimiento con parsimonia y mantuvo una sonrisa a la vez angelical y demente, si fuera posible algo así. Cuando terminó, salió apurada a buscar a su marido.

—¡La niña está lista! —gritó.



Aunque sentía temor, Chico Chico no estaba dispuesto a pasar por cobarde delante de su amigo. Bajó del coche y con paso cauteloso avanzó hacia la casa. En cierto momento se dio vuelta para ver si Filoso lo seguía, pero a quien vio fue a un hombre de pelo blanco que lo observaba con una rara mirada.

¿De dónde salió? -fue la pregunta que se ocurrió a Chico Chico.

¿Qué busca? -le dijo a su vez el señor Evans. El auto... el motor -titubeó el muchacho—. Está fallando el motor. ¿Tiene un teléfono?

No. Váyase -le respondió secamente Evans. Chico Chico midió en un instante al hombre, lo vio endeble y eso lo reanimó.

—Voy a tomar agua de la bomba —dijo con una sonrisa burlona. Pasó ante Evans casi empujándolo y entró en el patio de la casa. Filoso llegó corriendo apurado y caminó junto a él.

En el patio había un tractor en marcha y se escuchó un grito:

—¡La niña está lista!

—Buenas tardes, señora —dijo Chico Chico.

Por detrás de la señora salió una niña que se escurrió hacia el patio, mientras gritaba:

—¡Señor, ayúdeme!

La señora Evans alcanzó a retenerla de un brazo y la empujó hacia el interior de la casa.

—¿No será... la hija del gordo? —le preguntó Chico Chico a Filoso. Filoso caminó resuelto hacia la casa, juguetonamente. Se detuvo en la puerta y pidió autorización a Chico Chico:

—¿La traigo? ¿Traigo a la niña?

Pero Chico Chico pensaba en otra cosa. Estaba recordando. Conocía la cara de ese hombre. Recordaba haber visto una foto... Cuando él tenía cinco o seis años se hablaba

mucho del señor Evans, y cierta vez su padre le había señalado una vieja foto sacada con motivo de una aniversario del pueblo. Él jamás había olvidado esa cara porque la historia de los Evans lo había asustado.

—Pero usted... está muerto —alcanzó a balbucear Chico Chico.

Filoso vio algo extraño en la mirada de Chico Chico: un terror sin límites.

—Chico... —lo llamó Filoso con cierto tono infantil.

Chico lo miró y luego cambió de expresión: como si quisiera avisarle algo. ¿Qué podía querer avisarle Chico Chico a él en esa situación? Pero todo eso no duró casi nada. Antes de que Chico Chico gritara o hiciera cualquier gesto para avisarle que el tractor se movía hacia él sin que nadie lo manejara, la máquina avanzó sobre Filoso tirándolo al piso.

Su cuerpo quedó aprisionado un segundo bajo las ruedas delanteras y enseguida lo pasó por encima una rueda trasera mucho más grande y pesada. Chico Chico se dio vuelta y lo que vio al girar fue la cara de Evans. No la

cara en verdad, porque ahora parecía haberse transformado en una calavera con ojos, algo como un muerto, un cadáver con ojos, ojos vivos que pudieran sostener esa mirada terrible.

Chico Chico corrió con todas sus fuerzas hacia la calle.

Sin denotar ninguna expresión Evans fijó su mirada en un gigantesco eucalipto bajo el que hacía muchos años solía sentarse con Amalita a contarle cuentos de hadas y de duendes.

Chico Chico subió a su auto y colocó las llaves con manos temblorosas. Experimentó cierto alivio al sentir el ruido del motor. Apretó el embrague, puso primera y cuando el auto no había recorrido ni un metro el enorme árbol cayó sobre él.

La Señora Evans estaba en la puerta y se quedó mirando a su marido hasta que él se volvió hacia ella.

—Vamos —le dijo—. Amalita está lista. La encerré en su cuarto.

Uno de los cirujas era altísimo, delgado y usaba una larga barba negra que asustaba a los chicos del pueblo. A ése lo llamaban Ocho. El otro era bajito y rubio, hablaba sin parar y le decían Espiga. Espiga y Ocho andaban siempre juntos y tenían su base de operaciones en el cementerio. De día pedían limosnas a las viudas que llevaban flores a sus maridos, y de noche dormían dentro de un mausoleo abandonado, si hacía frío, o simplemente bajo la luna y entre las tumbas si, como sucedía ahora, hacía calor.

Nadie conocía el cementerio como ellos. Ese conocimiento incluía los posibles ruidos normales de un lugar así. De modo que cuando empezaron a escucharse aquellos

extraños crujidos, los dos se alarmaron un poco. Comenzaron a buscar entre las tumbas y al fin localizaron una losa, más pequeña que las demás, que se estaba resquebrajando.

—Es el cemento —explicó Espiga—. De día se calienta por el sol y de noche se contrae y se quiebra. Por eso hace ruido.

—Dejate de... —le dijo Ocho, pero demoró demasiado en pensar una razón para contradecirlo.

En ese momento ocurrió algo extraordinario: unos dedos delgadísimos comenzaron a asomar entre el cemento partido.

—Una... mano —dijo Ocho con tono natural, como si la aparición de una mano en la lápida quebrada de un cementerio, a las doce de la noche, fuera lo más natural del mundo.

—Si, una mano —dijo Espiga como hipnotizado.

Recién cuando la mano salió un poco más y los dedos se movieron, los dos echaron a correr desesperados.

Hacía cuarenta años que la vieja Morena había muerto. De pronto, algo había



interrumpido su descanso eterno y finalmente se había despertado con una sensación de molestia. Aunque no quedaba mucho para comer de la vieja Morena, todavía había algunos gusanos caminando sobre su cara. Pero no era ésta la molestia, sino la sensación de que debía hacer algo. Terminó de salir de la tumba, se incorporó y empezó a caminar resuelta hacia la salida del cementerio.

Azul no dejaba de gritar, desesperada, mientras el señor y la señora Evans avanzaban hacia ella, arrinconándola.

—No te vamos a hacer nada malo, querida —repetía el señor Evans, extendiendo sus brazos. Cuando estuvo a menos de un metro rozó con la mano la cabeza de la criatura. Azul sintió un profundo sueño y apenas alcanzó a murmurar:

—Mamá...

El señor Evans la tomó en sus brazos antes de que se cayera y llevando a la niña salió de la casa. Su esposa se apuró a abrirle la puerta y juntos atravesaron el patio y se internaron unos cincuenta metros en el espacio de tierra que se veía a medio arar.

En un punto muy preciso, en la línea que separaba la tierra ya arada de la que no había sido trabajada, el señor Evans se detuvo y depositó suavemente a la niña en el suelo. Cuarenta años atrás, después de aquel segundo fatal, había bajado enloquecido del tractor y se había arrodillado como ahora. En ese instante y en esa posición había tomado la determinación de incendiar la casa y morir junto a su esposa e hija. Pero antes de hacer eso tuvo que ir hasta el almacén de Chico a comprar un bidón de bencina, porque la que tenía en la camioneta era insuficiente.

Los parroquianos del almacén no olvidarían nunca que aquella tarde Evans llegó al almacén como un autómeta, no saludó a nadie y él mismo llenó con combustible un bidón azul de plástico. Dejó sobre el mostrador un billete demasiado grande y sin esperar vuelto se fue en la camioneta.

En el camino de regreso se le ocurrió otra cosa: visitar a la vieja Morena, de quien se decía que tenía «poderes» y a quien los vecinos de la zona acudían para encargarle «trabajos».

Naturalmente, él jamás había creído en esas supersticiones de pueblo, pero ahora estaba descontrolado y dispuesto a aceptar cualquier cosa que le diera una salida a su desesperación.

Antes de ir al rancho de la vieja pasó por su casa. Su esposa ya había llamado a la funeraria, así que había gente disponiendo las cosas para velar a la niña en la sala principal, pero Evans no prestó la mayor atención. Recogió todo el dinero y las joyas que tenía y se fue al rancho de Morena.

Ahora tienes que traer el tractor –dijo la señora Evans, viendo a que su marido estaba absorto en sus pensamientos.

Sí, ya voy –respondió su esposo.

Morena caminaba como una zombie por el costado del camino. Al pasar junto al cuerpo de Jorge, medio hundido en la zanja, se detuvo. No tenía claro para qué, pero de alguna manera sabía que necesitaba despertar a ese hombre que sin duda estaba muerto.

La vieja escupió sobre Jorge y al instante éste comenzó a quejarse y a mover un poco brazos y piernas. Minutos después se dio vuelta y se arrastró fuera de la zanja.

—¿Qué pasó? —se preguntó Jorge.

—Creo que lo mataron —le dijo Morena.

—Pero yo estaba... fui a buscar bencina...

—balbuceó Jorge— ¿para qué quería bencina?

—Debería saberlo.

—¡Azul! —gritó de pronto Jorge. Se puso de pie de pie de un salto y recién entonces, ayudado por la claridad de la luna, pudo ver a la vieja Morena:

—¡Dios! ¿Qué es usted? —retrocedió espantado.

—Una vieja que murió hace mucho.

—Está loca —exclamó Jorge—. ¡Tengo que buscar a mi hijita!

—¿Dónde está su hija?

—En casa de los Evans —dijo Jorge, mientras salía rengueando en esa dirección.

—Ah... ahora entiendo —dijo la vieja, y empezó a caminar a la par de Jorge.

—¿Qué entiende?

—Por qué desperté. Por lo de Evans...

—¿Qué pasa con los Evans?

—Están por reemplazar a la hija de ellos por otra.

—¿Qué? ¿Qué dice? ¡Está loca!

—¡Deje de decir que estoy loca! No estoy loca, estoy muerta. Morí hace cuarenta años. El mismo día que los Evans.

—¿Usted también dice que los Evans murieron?



—Murieron, sí. Él mató a su hija con el tractor...

—¿Y qué es eso del reemplazo?

La vieja rió sacudiendo su esquelético cuerpo y al instante desapareció. Aunque ya no se veía su cuerpo, todavía se escuchaba su voz desagradable:

—¡Tengo que apurarme! Ya está todo listo...

El padre Juan Carlos estaba harto de Ocho y Espiga. Unas veces iban a la iglesia para pedir ayuda porque querían dejar de emborracharse, otras, porque no tenían qué comer, otras porque alguna autoridad municipal quería echarlos del cementerio. De todos modos, nunca había ocurrido que golpearan a la puerta de la iglesia a medianoche por algo así: decían que una muerta había salido de su tumba.

Lo extraño era que no parecían borrachos. El padre Juan Carlos olió una y otra vez el aliento de los dos cirujas y llegó a la conclusión de que no habían bebido alcohol.

—¡Era la vieja Morena! —repitió por décima vez Espiga.

—¡Tiene que hacer algo, padre. Es cosa del demonio! – agregó Ocho.

El padre Juan Carlos se ponía y se quitaba sus gruesos anteojos una y otra vez. Dudaba. Si bien esos dos vagabundos estaban medio locos, había algo que lo inquietaba: él se había acostado a las nueve de la noche, como siempre, y a eso de las diez lo habían despertado los ladridos de Lupo. El perro estaba nervioso, iba y venía por el patio y ladraba con una mezcla de terror y desesperación. Después el coro de ladridos se extendió por todo el pueblo, así que el padre terminó saliendo a la vereda a ver que sucedía. En apariencia no ocurría nada, pero los caballos de un vecino estaban nerviosos y agitados.

«Algo está pasando», se dijo el padre cuando volvió a la cama. Después tuvo un sueño de lo más extraño: había una obra de teatro en la que él tenía que hacer algo decisivo. Estaban los actores sobre el escenario y el público mirando, y en ese momento él tenía que entrar y hacer algo, sólo que había olvidado qué era. Aunque lo que ocurría no parecía ser tan grave, cuando sonaron los

golpes en la puerta de la iglesia el padre Juan Carlos se despertó sobresaltado y sudoroso. Sí, algo está pasando –dijo el padre, y esas palabras asustaron aún más a Ocho y Espiga.

—¡Dios mío! —dijo Ocho.

Lo peor era que podía escuchar todo pero no podía mover ni un dedo, ni gritar, ni nada. Estaba completamente paralizada. ¿Qué querían hacer esos dos adultos con ella? Azul jamás había visto un loco de verdad, peor ahora estaba pensando que quizás ese hombre de pelo blanco y su esposa tan delgada estuvieran locos. ¿Qué era eso que había ocurrido con sus caras? ¿En que se habían transformado? ¿Y que se proponían hacer?

Esas cosas terribles sólo ocurrían en las películas. Ella sólo quería despertar, porque todo eso no podía ser más que una pesadilla. ¿Por qué su papá no venía a ayudarla? ¿Qué había ocurrido con él? ¿Qué le habían hecho esas personas a su papá? Tal vez

lo habían matado porque ella había dicho que su papá era un desastre.

No. Su papá era bueno, muy chistoso, y hasta se prestaba para hacer de bebé cuando ella quería jugar a la mamá. Era un bebé ridículo y gigante y ella se reía mucho cuando se hacía el caprichoso. Seguramente esas personas querían matarla, aunque ella no les había hecho nada, ni siquiera los conocía.

Ahora se había agregado una tercera persona. Azul pudo escuchar claramente cuando se sumó una voz como de vieja, que dijo:

—Nos volvemos a encontrar.

A lo que el señor Evans contestó:

—La estábamos esperando...

—A ver... así que ésta es la niña reemplazante. No podían haber... elegido mejor —era una voz desagradable, opaca, que parecía requerir un gran esfuerzo para salir. Además, cada tres o cuatro palabras la vieja se interrumpía para escupir.

—Sí —dijo el señor Evans.

—No podían haber elegido mejor... es idéntica a la de ustedes... —repitió.

—Apúrese...

—Tranquilo, señor... antes quiero recordarle nuestro trato...

—No hace falta. Todo nuestro dinero está enterrado en este mismo terreno y se lo daremos no bien termine usted con esto.

La vieja rió.

—¿Saben a qué se exponen si no cumplen?

—Lo puedo imaginar. Que hayamos vuelto a la vida es la prueba de su poder.

—Mi poder no da para tanto, Evans. Si yo pudiera hacer cosas como ésta me habría apoderado de su riqueza sin más vueltas. Quien hizo todo esto es el Amo al que usted y su esposa van a servir desde ahora. Ése era el trato, por si lo olvidó: ustedes recuperan a Amalia a cambio de transformarse en esclavos de mi Amo. ¡Han vendido el alma! No lo olviden...

—Ya sé, ya sé.

La vieja rió más estruendosamente y entre toses agregó:

—«Ya sé, ya sé» —se burló—. En fin, volveremos los tres a vivir...

—Los cuatro —la corrigió Evans.

—Los cuatro, sí... Podemos vivir los años que nos quedaban cuando... interrumpimos... nuestras vidas.

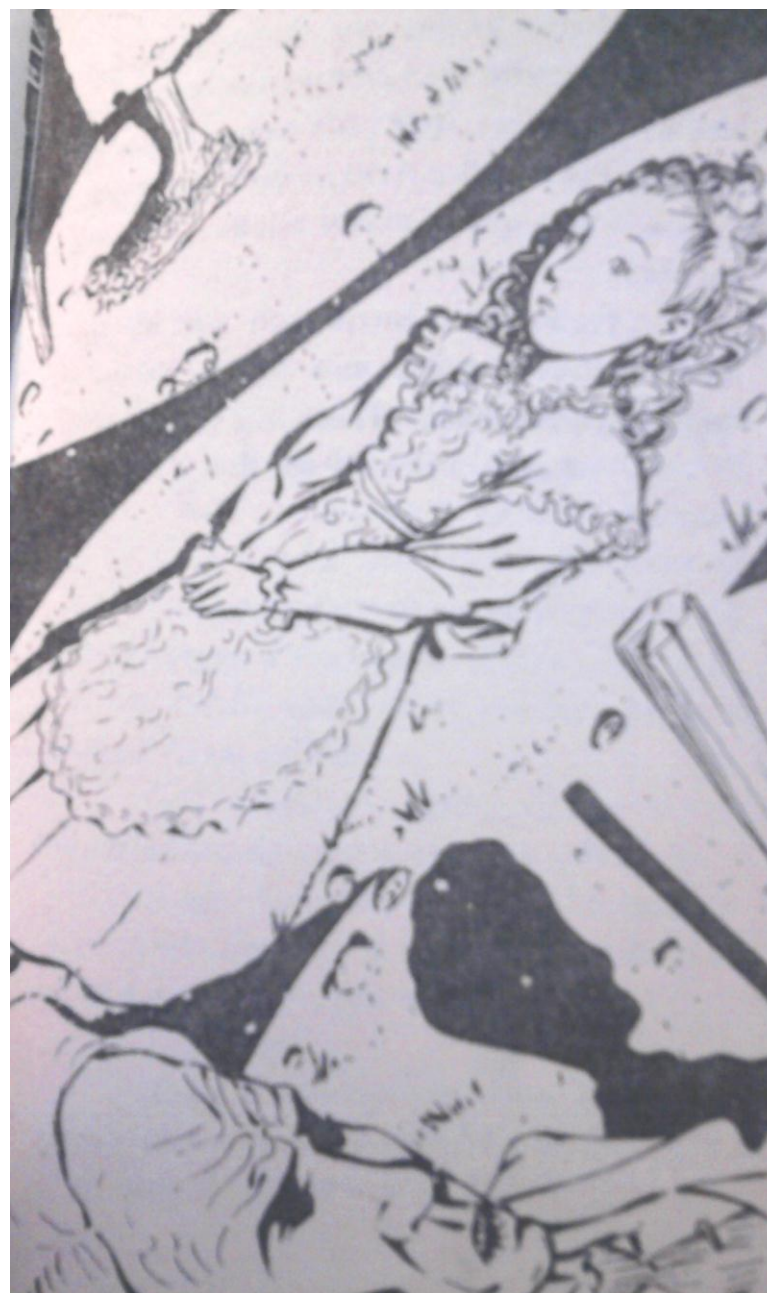
—Sí. Y nosotros nos marcharemos de aquí con nuestra hija, adonde nadie nos conozca.

—Bien. En este tiempo de ahora esta otra niña aparecerá aplastada por un tractor quemado. Será todo muy confuso pero el padre de la nena, que está viniendo hacia aquí, será quien la encuentre. Al ver el cuerpo de su hija se volverá loco y todos creerán que su locura lo llevóa incendiar la casa y...

—Apúrese, no quiero saber nada de todo eso —dijo Evans con desprecio.

—Bueno empecemos —dijo la vieja y tras una pausa comenzó a cantar algo con palabras incomprensibles. El canto aterrorizaba a Azul, como si fuera más grave oír eso que el mismo hecho de estar a merced de esos seres.

Azul notó que en cierto momento la vieja comenzó a caminar a su alrededor y que los otros dos la seguían mientras repetían en voz menos audible lo que la vieja cantaba. Sus



voces sonaban graves, por momentos parecían quejas y sólo eran comprensibles cuando decían «Amalia». Ante cada nueva pronunciación de ese nombre Azul se estremecía más, porque intuía que su suerte estaba atada a esa palabra.

Hubo un momento en que los tres comenzaron a gritar más fuerte, como si hubieran enloquecido. Hasta que la vieja dijo:

—Bueno, ahora hay que usar el tractor...

Jorge pasó ante el auto aplastado de Chico Chico pero apenas reparó en él. Entró en el sendero de acceso a la casa, tuvo que hacer un rodeo porque lo obstruía un gran árbol caído, pero enseguida vio que los Evans y la vieja a la que había visto antes estaban parados delante de un galpón.

—¡Allí están! —gritó, como si necesitara comunicarle a alguien que los había visto.

Llegó jadeando junto a ellos, apenas miró al ver a su hija en el suelo se arrojó sobre ella, pensando en lo peor.

—¡Hijita!

Estaba tan nervioso que no podía comprobar si la respiraba o no. Se incorporó furioso, lanzándose sobre Evans:

—¿Qué le hicieron? ¡Los voy a matar!

La vieja se acercó por detrás y le tocó suavemente el hombro. Jorge no llegó a sentir ese roce pero sí una extraña sensación, como si de pronto se borrara todo lo que había ante él.

Cuando se repuso estaba a unos doscientos metros de la casa y ante él se encontraba... ¡su madre! Su madre, que había muerto hacía muchos años, lo miraba con una expresión terrible.

—¡Jorge, querido! —le dijo la madre o ese ser igual a su madre muerta.

Del pecho de Jorge salió un grito angustioso. Se cubrió la cara para no ver y se echó a llorar, desesperado.

—¿Qué está pasando? ¿Me estoy volviendo loco?

—Hijo, querido, déjame darte un abrazo —le dijo su madre con una dulce sonrisa.

El padre Juan Carlos había dicho: «Vamos hasta el lugar más alto del pueblo». De inmediato Ocho se había puesto a caminar con sus grandes zancadas. Espiga y el padre lo siguieron casi a la carrera. Al fin llegaron jadeantes a una loma desde la cual se divisaban todas las casas, un silo de cereales y los alrededores.

En lo más alto de la loma el padre se arrodilló y elevó un crucifijo al cielo.

¡Dios mío! —balbuceó Ocho—. Está todo igual, pero es como si... pasara algo terrible... ¿qué pasa?

¡Callate! —le dijo Espiga.

Temblando, el padre Juan Carlos comenzó una oración.

Azul oyó aterrorizada el ruido del motor del tractor al arrancar y luego advirtió que ese ruido se acercaba a ella lentamente. Supo que esa proximidad significaba su muerte. Había entendido perfectamente eso y, paralizada como estaba, sólo podía repetir mentalmente «no quiero morir, mamá».

Pero de pronto se oyó una voz infantil. El grito quebrado de una voz aguda que sin embargo se escuchó nítida por sobre el ronroneo del tractor.

¡No quiero que hagan eso! -dijo esa voz.

Azul sintió que pegado a ella había alguien... esa niña que habían hablado. El tractor siguió un poco más y después se escuchó gritar al señor Evans.

—¡Amalia, cuidado!

—¡Maldición! —gritó la vieja.

Los lamentos desgarrados de los Evans y los insultos de la vieja siguieron unos segundos más y luego, poco a poco, se fueron apagando. Azul sintió que se dormía.



Imprevistamente, el fantasma igual a su madre desapareció y Jorge permaneció unos segundos mirando el lugar donde había estado esa figura, sin entender cómo ahora no había nada.

Caminó hacia la casa y a medida que avanzaba, paso a paso, su mente se confundía más y más hasta que ya no tuvo idea de como habían transcurrido las últimas horas, ni siquiera los últimos minutos. Apenas recordaba haber salido para buscar bencina, pero aparentemente no había conseguido, ya que no llevaba ningún balde o bidón. También recordaba haber dejado a su hijita. ¿Por qué la había dejado en ese lugar?

En cierto momento tuvo la certeza de que el lugar adonde debía ir, donde lo

esperaba Azul, tenía que ser esa casa en ruinas que tenía a su derecha, a unos cien metros.

Llegó corriendo. Había restos de paredes ennegrecidas, malezas, un árbol seco, un tractor quemado. Pero ¿dónde estaba Azul?

Espero que esto haya servido para evitar algún sufrimiento a alguien – dijo el padre Juan Carlos al terminar su oración.

—Sí —dijo Ocho.

—Igual tendríamos que ir al cementerio a ver qué es eso que vieron ustedes —agregó el padre.

—Ni locos. Vamos a la iglesia, ahí estaremos más seguros —opinó Espiga.

—Vamos al cementerio —volvió a decir el padre.

Jorge comenzó a impacientarse y a correr entre los restos de aquella casa, llamando a gritos a Azul. Necesitaba sentarse y pensar. Sospechaba que ésa era la única forma de saber si de verdad había dejado allí a su hija. Pero la ansiedad no le permitía detenerse.

De pronto sintió una presencia, alguien que lo observaba. Se volvió lentamente, atemorizado.

—¿Por qué me dejaste solita, papá?
—preguntó Azul. Jorge permaneció inmóvil un largo segundo y después corrió hacia la niña y la abrazó fuerte hasta casi sofocarla.

—Hija, hija...

—¿Dónde estabas mientras yo dormía, pa?

—No se, hija.

—Tuve mucho miedo —le dijo Azul al oído—. Creo que me dormí y soñé cosas muy muy feas.

—No importa, vamos hacia el auto.

— Me levantaron a la madrugada y me hicieron ir hasta la loma a rezar como si entre nosotros anduviera el demonio! ¡Y todo porque vieron visiones! —comenzó a protestar el padre Juan Carlos al ver que la tumba de Morena estaba intacta y se notaba que nadie se acercaba allí desde hacía años, ni siquiera para poner flores.

Tampoco Ocho y Espiga podían creer que de allí hubiera salido una muerta y hasta empezaban a sospechar de lo que ellos mismos habían dicho antes.

—Me voy a dormir —anunció después de mover interminablemente la cabeza el padre Juan Carlos, diciéndose «Estos dos no tienen remedio. Y yo tampoco. ¿Cómo puede ser que me sugestionen estos dos locos?».

Espiga tosió, incómodo, y el padre le pasó el brazo por los hombros afectuosamente.

—Tengo que levantarme temprano, muchachos.

Jorge se detuvo al llegar junto a su auto y tuvo que pensar mucho para rehacer mentalmente cuáles habían sido sus últimos pasos. Recordaba que en cierto momento venía por la ruta y advirtió que se estaba quedando sin gasolina.

Después tomó ese camino de tierra y avanzó hasta que acabó el combustible. Entonces creyó ver una casa, pero al acercarse vio que solo eran ruinas. Al parecer mientras él recorría ese lugar medio siniestro, Azul se había dormido al lado de un tractor quemado. ¿Por qué tenía la sensación de estar olvidando algo importante?

Lo único que quedaba ahora era cargar los bolsos y caminar hacia la ruta con la esperanza de que alguien los llevara. Pero estaba sacando una linterna del baúl cuando Azul dijo:

—Ahí vienen dos hombres, pa.

Jorge se asustó. Sacó del baúl la llave de las ruedas y saltó junto a su hija, dispuesto a defenderla. Cuando los tipos estuvieron al lado, Jorge los alumbró con la linterna. Uno era bajito, rubio, y el otro muy alto y de barba. Jorge pensó que debían de ser cirujas pero por las dudas hizo un gesto como para demostrarles que estaba preparado para contestar a cualquier ataque. Ante la actitud de Jorge el más alto retrocedió unos metros.

—¿Qué pasa? —preguntó el bajito.

—Nos quedamos sin gasolina —dijo Azul.

Los dos tipos permanecieron en silencio un larguísimo intervalo hasta que el más alto dijo:

—Hay una estación de servicio como a una hora de aquí.

Jorge sintió algo muy extraño. Como si ya supiera que existía esa estación de servicio.

—Pero con la niña no va a poder ir hasta allá —agregó el bajito.

—No estará pensando que nosotros... —dijo el alto, desconfiando de su compañero.

—Sí, tenemos que ir nosotros —observó el bajito—. A cambio ellos después nos llevan en el auto, vayan adonde vayan.

El alto pateó un cascote y lo lanzó como a veinte metros.

—Deme diez pesos —le dijo el bajito a Jorge. Jorge dudó. Estaba absolutamente seguro de que pretendían sacarle plata, pero le pareció mejor que lo estafaran de esa manera y no que lo atacaran para robarle. Resignado, les alcanzó diez pesos.

Cuando los hombres estuvieron lejos, Jorge volvió a los bolsos y le dijo a Azul:

—Vamos.

—No, ellos van a traernos la bencina.

—No, hijita, con esos diez pesos se van a emborrachar y nunca más los volveremos a ver.

—¡No, yo sé que van a volver con la bencina!

—¡No, Azul, son dos pordioseros!

—Vámonos que este lugar da miedo.

—¡No, yo me quedo!

La discusión se prolongó bastante. Cada tanto Jorge fingía que se iba hacia la ruta

pero después de hacer cien metros y ver que su hija no lo seguía, no le quedaba más remedio que regresar. Decididamente, no tenía autoridad sobre Azul.

En eso estaban cuando Jorge vio que se acercaba un auto.

El Falcon se detuvo junto a ellos y de él bajaron los dos pordioseros y un muchacho de gran físico al que los otros dos presentaron como Chico Chico, el hijo del dueño de la estación de servicio. El muchacho saludó amablemente, sacó dos grandes bidones que llevaba en el baúl y llenó el tanque del coche de Jorge.

—Son cien pesos de bencina y cien por el auxilio —dijo sonriente cuando terminó su trabajo.

—Es una estafa —se quejó Jorge. El muchacho sonrió y Jorge creyó ver en su mirada, iluminada por los faros del auto, algo de mala persona, de delincuente.

—Mejor paga, papá —dijo Azul. Jorge extrajo dos billetes de cien de la billetera y se los dio, abriéndola lo suficiente como para que el muchacho viera que sólo le quedaban cincuenta pesos. El muchacho se marchó, satisfecho.



—Bueno, vamos, no quiero quedarme ni un segundo más en este lugar —dijo Jorge.

El bajito hizo una pirueta que hizo reír a Azul y se metió en el asiento trasero. Azul también se sentó atrás y el alto prefirió estirar sus largas piernas adelante.

—¿Para dónde van? —les preguntó Jorge—. ¿Cómo se llaman?

—Me dicen Espiga —dijo Espiga—. Vamos a cualquier lado. Sólo queremos irnos de acá.

—¿Por?

—No sabemos por qué. Pero empezamos a sentir que acá pasaban cosas raras.

El auto salió a la ruta y Jorge puso un casete de Feos, sucios y malos.

—Qué música alegre —dijo Espiga.

—Qué tortura —dijo Ocho.

RICARDO MARIÑO

Es escritor, periodista, y también autor de numerosos libros para niños y adolescentes. Colabora con distintos medios periodísticos. Entre sus títulos figuran *Botella al Mar*, *La casa maldita*, *El insoportable*, *La expedición*, *El hijo del superhéroe*, *Cuentos ridículos*, *Lo único del mundo*, *Ojos amarillos*, *Roco y sus hermanas* y *Perdido en la selva*. Entre otras distinciones ha merecido el premio Casa de las Américas, varias recomendaciones de IBBY (Internacional Board of Book for Young People) y, en dos oportunidades (1994 y 2004), el premio Konex a la trayectoria.